

LA EXPERIENCIA DE LA ESCRITURA Y DE LA LECTURA: UNA CORRESPONDENCIA ENTRE LO PEDAGÓGICO Y LO LITERARIO.

CARLOS SKLIAR¹

RESUMEN:

El presente texto intenta indagar acerca de la pérdida de la sensibilidad en una época de agobio, aceleración, eficacia en la comunicación e información, inmediatez y sinsentido de trascendencia, tomando como referencia la escritura y lectura de cartas como género y narrando una experiencia epistolar de formación en la Universidad Nacional del Comahue en el año 2009.

PALABRAS CLAVE:

LECTURA – ESCRITURA – CARTAS

INTRODUCCIÓN. SOBRE LA PÉRDIDA DE LA SENSIBILIDAD Y EL RETORNO A LA LECTURA Y LA ESCRITURA.

Raffaele Simone, en un libro conmovedor: *La tercera etapa. Formas de saber que estamos perdiendo* (2001) muestra cómo en las últimas décadas del siglo XX la influencia de los medios de comunicación y de la tecnología de la información transformaron radicalmente las prácticas de la lectura, la escritura y la comunicación.

No se trataría apenas de un cambio de formatos sino también de contenidos, materialidades y, sobre todo, de las relaciones con las cosas de este mundo: ¿Contar o

1 Carlos Skliar es Investigador Principal del Instituto de Investigaciones Sociales de América Latina (IICSAL, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina; Miembro del PEN/Argentina (Poetas, ensayistas, narradores).

2 Por ejemplo el libro apasionante del paleógrafo italiano Armando Petrucci: *Escribir cartas, una historia milenaria*; en nuestro continente Carlos Monsiváis crea un sentido muy particular para las cartas en: *El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta*, y con relación al abundante intercambio entre escritores y escritoras puede consultarse, entre otros, a Simon Garfield en su bello ensayo: *Postdata. Curiosa historia de la correspondencia*.

informar? ¿Velocidad o narración? ¿Cercanía o lejanía? ¿Información o afección? ¿El tiempo y el lugar necesario para contarnos unos a los otros o la eficacia de un mensaje que apenas enviado exige de inmediato una respuesta?

La historia del género de la escritura de cartas es un buen ejemplo en este sentido.² Si bien sus modos originales tenían que ver únicamente con el intercambio de informaciones, órdenes y experiencias cotidianas, el paso del tiempo les ha otorgado una trascendencia sustancial, hoy en clara declinación o decadencia e, incluso, desaparición.

En primer lugar surge como un género expositivo y declarativo donde políticos, filósofos y monarcas solían dejar las huellas de su pensamiento a propósito de la actualidad y la posteridad, comprendiendo esa forma de escritura como legado.

En segundo lugar, como una manera de ensayar y sostener vínculos esenciales entre quienes confiaban en la escritura como un ritual de amistad, de cofradía, una ceremonia y una celebración del lenguaje en el mundo, *una conversación entre ausentes*. Una forma de escritura conversacional entre quienes creían de verdad en las palabras y permanecían por años dentro una correspondencia cotidiana para confesar sus filosofías, sus poesías, sus pensamientos políticos, sus artes; una brutal complicidad en el intercambio de incertidumbres que transmitía la más cruda intimidad y, también, toda una atmósfera de época.

Y en tercer lugar las cartas crearon una escritura de vital trascendencia para poder habitar las distancias inconmensurables, las fronteras infranqueables, el límite mismo entre las presencias y las ausencias, el amor y el desamor, la vida o la muerte. No por casualidad las correspondencias crecían en magnitud y densidad en los tiempos atroces de las guerras, exilio, confinamiento, encierro.

La pregunta que sobreviene es inevitable: ¿es posible regresar a la escritura de cartas y hacerlo como un modo de formación y no de información, de conversación y no de conexión, de trascendencia y no de inmanencia?

UNA CARTA MÚLTIPLE SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA COMO CUIDADO.

Siempre te estoy muy agradecida cuando me escribes, y ahora creo que tengo dos o tres cartas por las cuales debo darte las gracias; pero cualquiera que sea su número, quiero que aceptes esta carta como una exhaustiva respuesta a todas ellas, pues, como ves, he llenado completamente la hoja, lo cual me autoriza a considerarla como una carta muy larga aunque escriba mucho o poco (Jane Austin, *Cartas*).

La experiencia colectiva de escritura de cartas a futuros lectores, o bien sobre la intimidad del gesto de escribir, o acerca de cómo podemos invitar a la lectura, configuró el trabajo final del seminario Literatura y Pedagogía, en el marco de la Especialización en Educación Literaria de la Universidad Nacional del Comahue, CURZA, en el año 2009.

Durante aquellos encuentros pensamos juntos en esa imagen múltiple del leer y del releer que nos ocupaba como educadores y nos conmovía como amantes de lo literario y su posible o imposible cruce con la educación.

Subrayamos, en especial, una imagen múltiple de la lectura: escenas revueltas y difusas de la alteridad del mundo –otro mundo que no es el nuestro- y de la vida –otras vidas que no son las nuestras- cuyo posible sentido se esparce entre las cenizas de lo recién leído, el mundo y la vida que permanecen entremedio, y una necesaria relectura.

Recordamos aquel libro de Daniel Goldin Halfon y Carlos Díez Polanco: *Al otro lado de la página. Imágenes de la lectura en México*, particularmente en lo que se refiere a las escenas relacionadas con las maneras de ser lector, sus gestualidades, las bibliotecas, los lugares preferidos, la pregunta sobre dónde estamos cuando leemos, las tipologías lectoras, las formas diferentes de leer, el gusto por la lectura, y la expresión fantástica contenida en un apartado donde se afirma que: “donde hay tres libros ya hay una conversación”.

Esta memoria de aquel tiempo colectivo de formación -que ahora retomo a partir de los apuntes que tomé entonces y de los que conservé apenas su atmósfera fragmentaria- no tiene otra intención que mantener viva nuestra conversación, las preguntas que resonaron una y otra vez, las imágenes que creamos y recreamos siguiendo algunas pistas entre lo literario y lo pedagógico.

De hecho la lectura de ciertos textos asume el desafío y el riesgo de un entrecruzamiento difícil entre lo literario, lo pedagógico, lo filosófico, muy semejante al deseo de cubrir con la escritura las luces y las sombras del claroscuro o la opacidad del mundo y de la vida.

Una lectura que parece dirigir nuestra atención hacia la exterioridad del mundo, las fisonomías de la formación, las apariencias de una edad o de una época o tiempo, y que poco a poco deja transparentar la interioridad más secreta e incógnita de las vidas.

Una lectura que parece hablar de las identidades cronológicas –éste o aquel personaje, éste o aquel tiempo, éste o aquel lugar- y que acaba respirando la intimidad narrativa de

una experiencia siempre frágil, siempre fragmentaria.

La lectura ya no como un carácter o como una impronta evolutiva que nos hará progresar en el conocimiento sino como una forma particular de experiencia con el tiempo: la intensidad, la ocasión, dejando de lado la consabida regla de aquello que aún no se es, de lo que se adolece, de lo que no se está siendo, sino más bien como la huella de una *oportunidad* irrepetible, inédita, que no ha sucedido antes y, quizá, no vuelva a ocurrir jamás.

Hablamos por entonces de un desencuentro: el de la sinrazón literaria y la racionalidad pedagógica o, para mejor decir, la llegada tarde de la pedagogía de la lectura a su cita siempre impuntual con la pasión y la conversación lectora.

Afirmamos la literatura de las edades y no para las edades: el borde último de la literatura de la infancia como alteridad es la pregunta del regreso imposible a la niñez o de la madurez virtuosa hacia formas infantiles del arte, del juego y del pensamiento.

Merodeamos por lo formativo: una lectura cuyo lenguaje se transforma desde un juego despreocupado, el movimiento incesante, la atención dispersa, el hábito de la invención, hacia la política del espacio público, múltiple, comunitario. Exactamente lo mismo que aquello que la idea de formación debería significar y provocar: el pasaje de ida y vuelta entre la singularidad y la multiplicidad.

Percibimos un profundo y desdichado cambio: la lectura como escenario de relación entre mundo y vida -aquél viajar al mundo y aprender a vivir-, hoy secuestrado por una grieta entre un mundo que la educación define como mercado y una vida que se define como *ganarse la vida*.

Balbuecemos una definición torpe pero esencial de lo literario: quitarse del lenguaje infecto del poder, quitarse de la vida convencional propia -vivir otras vidas-, asumir la dimensión de lo contemporáneo -hoy que vivimos enclaustrados en un presente angosto y permanente- y entender el tiempo y el espacio como la difícil y amada alteridad: la pretensión de no ser como los demás es absurda porque sería ella, justamente, la única que nos iguala inicialmente a toda la humanidad, la que nos hace cómplice de una u otra situación o condición: ser cualquiera, como cualquiera, en cualquier momento.

Al fin y al cabo el lenguaje y el pensamiento no son de nadie, no son de ninguno y son de cualquiera. No se puede transformar una voz en propiedad privada porque el lenguaje está en la punta de la lengua de los hablantes -más en el borde o más en el fondo, lo mismo da- y el pensamiento es una atmósfera respirada por, al menos, dos

personas al interior de una correspondencia de conversación.

Y toda vez que una idea es lanzada al vacío punzante de una conversación ya no hay potestad sobre ella; es de cualquiera, de cada uno, de quien quisiera o pudiera, sobre todo de aquel o de aquella que no irá a repetirla simplemente, sino que agregará algún semitono distinto, o su paisaje personal, o una diferente duración.

Nuestro lenguaje no es nuestro, no es de nuestra propiedad; el pensamiento tampoco lo es. Y es justamente esa impropiedad la que nos permitiría, como a todo el mundo, desamarrar los lazos de la estructura, des-amordazar la lengua, desobedecerla.

Desobedecer: ¿será posible, acaso, desobedecer la lengua? ¿O lo que sucede es que somos desobedecidos por ella? ¿O bien: ocurren ambas cosas, sin que nos demos cuenta del todo si algo sucede con el lenguaje o bien con nosotros mismos? Solo se desobedece lo que previamente se ha conocido a fondo; solo se deconstruye si se ha estudiado con profundidad lo construido.

Quizá por ello es que la lectura es una percepción y no una idea fulgurante, definitiva, enclaustrada o desatenta con las vidas y las experiencias singulares. Intentar, entonces, una *percepción* y no una *concepción* de la lectura.

No pocas veces me he preguntado por el beneficio de la lectura, de mi lectura. ¿Para qué me ha servido y de qué me servirá? Y si no me lo he preguntado a mí mismo en la intimidad sí que me lo han hecho innumerables veces y públicamente: ¿para qué le sirve la lectura, cuál es su provecho? O también, aunque con un tono diferente: ¿acaso todo está en los libros?

Y en repetidas ocasiones me he escuchado repetir aquello que menciona Pascal Quignard sobre Plotino: ¿para qué pasar las horas así, inclinado, solitario y absorto, y no salir a la calle, al mundo, a la vida real? Cito textualmente: “Mi madre decía: ¿Qué es eso de leer así todo el tiempo? Estoy empezando a hartarme. Siempre ganduleando. Echas a perder los fondillos de los pantalones. Mira qué cara tienes. ¿No podrías tomar un poco el aire como hace todo el mundo?”.

¿No será, entonces, que al contrario de lo aquí expresado, lo que se está preguntando es más bien por la enfermedad de la lectura y no tanto por su inutilidad, por la ausencia que provoca la lectura y no por su existencia?

Ocurre que la respuesta es incierta: en todo caso la virtud de la inutilidad lectora se contrapone y desafía a una época que insiste en el consumo y de la aceleración vertiginosa del tiempo contra la parsimonia del *dolce far niente* (Skliar, 2017).

El lector se encuentra hoy -¿o siempre se ha encontrado así?- atrapado entre la lectura forzada, acelerada y apresurada, que busca rápidamente un efecto o un provecho personal, si acaso ello fuese lectura, y la lectura dispuesta, abierta, extendida en el tiempo libre, sin destino fijo inmediato.

Semejante atolladero no es reciente, ni resulta novedoso: la pugna entre tiempo de trabajo y tiempo liberado puede ser vista como la historia de la humanidad, a la vez amable y tortuosa, y requeriría de un largo -y tal vez tedioso- debate. Pero resulta ser que su desenlace parece crucial.

Y la respuesta es también ancestral: quien lee corrientemente desea seguir leyendo, incluso sin mediar teoría alguna sobre la lectura, ninguna explicación que lo justifique. Ello corresponde, en todo caso, si necesaria, al orden de la conversación.

Seguir leyendo, pues, porque ciertos libros conducen a otros libros -como ciertos amigos conducen a otras amistades- y ésta es una verdad de Perogrullo. Un libro es una unidad indivisible, de acuerdo, pero puede ser también una señal o un signo de otro libro y de otro libro y de una biblioteca por venir.

El lector corriente sabe, siente, que en los libros hay otros libros, a veces bien disimulados, como si fueran guiños discretos o símbolos apenas entrevistos; otras veces son pistas completamente expuestas y a la vista de todo el mundo; el lector sabe, siente, que una determinada lectura contiene y sugiere pasajes y travesías hacia otras lecturas.

Y sabe y siente también, que los libros indican caminos hacia otras cosas que no son libros; pero esa es otra cuestión, incluso quizá más interesante que la que he intentado esbozar aquí.

A la hora de decidir qué leeremos -y, por lo tanto, qué no leeremos- sobrevienen varias indecisiones que por veces asumen la apariencia de ser preferencias, inclinaciones, deseos, trayectorias, y también toman la forma de las limitaciones, extravíos, desazones. Y es que una probable lectura proviene de amables lecturas precedentes, es cierto, pero también de desórdenes causados por los malos tragos que devienen de libros de los cuales podríamos haber prescindido sin más.

La decisión de leer es, pues, un laberinto cuya salida solo nos es dada por la propia lectura y por su conversación con otros y aun así su resolución no es del todo segura, no ocurre siempre.

¿Dónde está nuestro deseo de lectura y de escritura y cómo expresarlo en una conversación cuyo punto de partida y punto de llegada sea la invitación, la donación, el

ofrecimiento?

Entonces sobrevino la cuestión de las cartas, de unas cartas del todo particulares que hicieran de la escritura un convite para que otros y otras leyeran. Esta fue, según recuerdo, la cuestión:

¿Recuerdan que les pedí que escribieran una carta invitando a leer -y a escribir- a un estudiante cualquiera? Mi pedido contenía algunas pistas o condiciones o reservas: que intentaran no establecer ningún pacto precario, ningún intercambio, ninguna utilidad, ningún futuro, ninguna negociación mezquina. Y a este pedido añadí otra solicitud: que escribieran a propósito de esa pregunta literaria y pedagógica: ¿por qué leer? -¿por qué escribir?- O, más bien: ¿por qué quisiera que alguien leyera o escribiera?

Una carta destinada a cualquiera quería decir: lo que tengo para decir – en el caso que tuviera algo para decir- se lo diría a cualquiera, cualquier edad, cualquier nombre, cualquier rostro, cualquier familia, cualquier condición. Pero también les digo que es una carta sin promesas; nada de aquello de: leer para ser mejor o más en la vida, sin la lectura no seremos nada ni nadie, sin la lectura no se conseguirá trabajo.

Hicimos silencio para que se escribieran las cartas. Me fui del aula donde estábamos trabajando. Al cabo de un tiempo regresé. Recibí las cartas y leímos juntos algunas de ellas. Todavía las conservo, aunque lamento no reconocer de quiénes son, quiénes las escribieron, cuáles son sus nombres, y lo lamento de verdad. Pero quizá sea mejor así: también hay algo de virtuoso en el anonimato, en no subrayar tanto las autorías, en no hacer que un texto dependa de un nombre y un apellido.

Transcribo tres de ellas, o lo que me ha quedado de ellas, y me quedaré otra vez en silencio, sin hacer ningún comentario ni apreciación. A veces el silencio es la forma más conmovedora que sigue a la lectura.

Querido lector que serás: serás un lector querido, por eso te llamo querido lector; te nombro lector; y te llamo también, te convoco, te toco el distraído hombre con el índice: lector que serás, querido. Serás querido porque todo lector lo es. O casi todo. Es querido por esas palabras que se dejan desenvolver

como regalo al pie del pino navideño. Palabras que habitan el mundo del libro leído, del libro que se lee. Palabras que van a habitarte, que te darán un mundo, varios mundos, todos.

(...)

Todos vivimos situaciones en las que sólo nuestro interior es el que huele y procesa lo que le pasa, lo que le falta, lo que le duele, lo que no entiende. Yo sólo sé que si la lectura es parte de nuestra vida, estará siempre a nuestro lado, ayudando un poquito a descubrir a dónde quieren ir nuestras preguntas, con qué palabras interrogarnos, qué hacer con las palabras y con la vida. Pero también vivimos momentos en que, sin dolor, sin falta, sin preguntas, igual necesitamos escuchar (leer) algo que nos saque del ruido cotidiano, de lo absolutamente predecible, hueco, superficial. Y momentos en que deseamos conversar sobre una lectura, encontrar a otro para decirnos lo inesperadamente hallado, sentido, pensado en soledad.

(...)

Confieso que la escritura me ha salvado de la reclusión perpetua. De no haber sido por la escritura yo habría sido condenada cientos de veces por homicidio simple, culposo, agravado por el/los vínculos, con alevosía y por emoción violenta. La escritura me ha salvado de huir de mi casa a los 11 años luego de haber matado a mi madre, de estrangular a mi hermano por haber irrumpido e interrumpido en mi vida, en mis cosas, la escritura me liberó de asesinar a mi maestra y a la directora por injusticia corporativa, de divorciarme cien veces, de estrangular a mis hijos por desobediencia, desamor e ingratitud, de cometer alumnicidios cada cuatrimestre. Me ha salvado también de consumir delitos menos graves como el de ofender, injuriar, insultar a muchos de los que merodean mi vida... porque las palabrotas y las barbaridades que salieron de mis biromes y de mis teclados quedaron atrapadas en un cuaderno Gloria de tapas rojas, en dos o tres diarios íntimos de la adolescencia, en unas hojas sueltas tachoneadas en el taller literario y en unos proyectos de blog. La escritura me ha salvado de la tristeza de las separaciones transitorias y definitivas, de los fracasos sentimentales y electorales, de las desilusiones de las

indiferencias y de las frustraciones. La escritura para mí, es absolutamente terapéutica. Y gracias a ella evité tomar la determinación de suicidarme por ser tan mala (a veces).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Garfield, S. (2014). *Postdata. Curiosa historia de la correspondencia*. Barcelona: Taurus.

Goldin Halfon, D. & Polanco, C. D. (2008). *Al otro lado de la página. Imágenes de la lectura en México*. México: Santillana.

Monsiváis, C. (2014). *El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta*. México: Conaculta.

Petrucci, A. (2018). *Escribir cartas, una historia milenar*. Buenos Aires: Ampersand.

Quignard, P. (2008). *El lector*. Valladolid: Cuatro ediciones.

Simone, R. (2001). *La tercera etapa. Formas de saber que estamos perdiendo*. Barcelona: Taurus.

Skliar, C (2017). *La inútil lectura*. Madrid: Mármara Ediciones.